

LA VIDA NUEVA DE PEDRITO DE ANDÍA

POR RAFAEL SANCHEZ MAZAS

El suceso de la novelística española en 1951 es sin disputa la estupenda obra de Rafael Sánchez Mazas, «Vida nueva de Pedrito de Andía», de la que por especial deferencia de su autor ofrecemos a nuestros lectores dos capítulos.



No sé que me pasaba a mí entonces, pero así era. Sin haberlo yo casi visto me había enamorado de ella y sin ella ni podía vivir. Apenas nos sentía asomar se tapaba la cara con las manos y corría a esconderse de nosotros. Un día, des-

pués de mucho tiempo, aquel año, cuando volvimos por septiembre, la vi. Fué en un camino hondo de carro, con peñas terribles, hecho en la peña misma, que hay allí. Son caminos muy oscuros de la aldea y antiguos, con pilastras de piedra por los lados y, encima, parras. Volvíamos de robar mazorecas, y, como nos siguió el «cashero», corrimos cada cual por su lado. Yo venía solo, ya sin correr, después del maizal de Andabidea, que llaman de los Muertos. En el camino del molino me encontré a Isabel sola. Me quedé como en sueños y, si me lo dicen, yo jamás lo hubiera creído.

Ella apenas salía casi nunca y eso siempre en coche, muy acompañada. Además, como tenían misa en Mendive, sólo iba alguna rara vez a misa mayor de Santa María de Guernica. El auto cogía el camino de Forua, por la puerta del bosque, muy lejos, y aunque yo le acechaba por allí alguna vez, siempre me falló.

¿Quién podría creer que Isabel sola, completamente sola, sin nadie, sin miss Bennet, se me apareció a mí aquel día, y allí estaba, enfrente de mí, en aquel camino tan oscuro? Vi su cara entonces y me pareció ver el sol. ¡Me deslumbraba! No sabía yo que aquella claridad del cielo, como la de la cara de la Virgen, se pudiera tener en este mundo.

Pero ella, en seguida, se tapó la cara con las manos y se me escapó. Yo le seguí, corriendo como loco y, en la revuelta, me desaparecía, y, en los cruces, que hay muchos, no sabía yo por dónde tirar, porque allí esos caminos hondos hacen laberintos y el que no sabe bien se pierde.

Salió ella, y yo detrás, a un sitio más abierto y se vió cortada, de repente, por el cauce del molino que hace allí, en la revuelta, con la corriente, mucho ruido y espuma y en el sitio donde Mariochu, el de Axpe, se ahogó. Me

puse blanco y sin respiración de pensar si ella se ahogaría también en el remolino del agua, porque llegó hasta el borde y levantó las manos aterrada. Entonces le voló un caballito del diablo, de alas azules, sobre el pelo. Nunca me olvidaré. Temblábamos como si fuese a pasar algo terrible y se me quedó allí parada y como sin aliento. Yo fuí a cogerle, pasito a pasito, no se me espantara, pero no me atreví ni a tocarle. Vi que iba a llorar y en esto se me echó en los brazos. Lloraba y tiritaba muy fría y pensé si se me podría morir mientras el pelo de ella me hacía cosquillas en la cara, que me parecía un imposible. Yo pude contenerme sin llorar nada y ahora me recuerdo que Isabel, aquel día, olía como el monte a hierbas y también algo a fuego. Creí también si era la otra vida y si entrábamos en la gloria; yo con ella desmayada en brazos. Ella me dijo: «Tú eres Pedro, el de Andía. Yo soy Isabel, la de Mendive. Y me he perdido.»

Habían ido ella y sus hermanos, a pie, con miss Bennet, a la ermita de San Miguel, que era la fiesta. Luego me dijo: «Llévame tú a casa. Yo no sé ir.»

Eso fué en los tiempos de la Guerra Europea, y cuando teníamos siete años o algo más yo, que los habíamos cumplido ella en abril y yo en enero. Después pasamos el puente y volvió a llorar mucho Isabel, por lo tarde que se había hecho y lo que dirían en su casa. Yo me quité del cuello la medallita de oro del bautismo y se la puse. «Toma—le dije—para que no llores.» Ella la besó y dijo: «Te la tomo porque yo lo sé quién eres tú y cuando te subes a las tapias me escondo para verte. Eres malísimo.» Entramos en una placita donde hay un roble viejo y un banco de madera. Allí me llevaba el tío Lorenzo a oír el ruiñeñor. Nos sentamos un poco y vi que ella tenía el vestido azul todo roto, con rasgones que se había hecho en las argomas y en las zarzas y le vi después, en las piernas, los arañazos y las manchas de sangre y tierra roja. Me contó que había querido subir a un montecito para ver si veía su casa o a miss Bennet y se metió en un hoyo muy malo, que no podía subir ni bajar. Creyó que allí se moriría de hambre o que le comería el lobo o le robarían gitanos. Al fin, salió, pero haciéndose

mucho mal. Llegamos a la fuente de Mendieta y allí le lavé, le curé lo que pude, y en aquel arañazo grande más arriba de la rodilla, que es el que le dolía más, le até el pañuelo mío. Le empezaba a picar y a doler mucho todo y, en las piernas, yo le daba besos y le decía: «Ahora no te duele». Me creí que habíamos estado ya juntos toda la vida y que seguiríamos ya juntos siempre. Ella me dijo: «Eres tú muy bueno, Pedrito», y me dió un beso. Temblé tanto que daba diente con diente y no podía ser más feliz. Ella me dijo: «Vamos a casa. Tienes frío.»

Se había hecho de noche, pero todo se ponía claro con la luna. Sonaba ya la rueda del molino. «¿No oyes?, le dije. Ya falta poco.»

Habían salido en busca de Isabel y se les oía entre las heredades. Algunos levantaban faroles y se ponían de pie sobre las cercas para que les viéramos. También ladraban muchos perros de los caseríos. Gritaban hombres lejos: «¡Isabeeeel!, ¡Isabeeeel!»

Ibamos ya por los caminos de las huertas y ella me dijo: «Ven. A ti no te harán nada» Yo le contesté: «Yo no te dejo sola aunque me hagan algo» Me sentía muy fuerte y yo estaba entonces, ¡hay que ver!, más desarrollado que ella.

Nos llevaron los hombres al palacio. En el salón redondo de arriba la esperaban todos menos el padre, que se había ido a Roma y a Jerusalén. Allí les vi, la primera vez, a su madre, y a Jorge, y a Juan Carlos, y al capellán don Sabas, y a miss Bennet, y al «añá» Tiburtzi, que lloraba dando unos resoplidos fenomenales.

«Este es el que me encontró—dijo Isabel—, y éste es muy bueno. Se llama Pedrito. ¿Verdad—dijo mirando para mí—que te llamas Pedrito?»

En seguida salió miss Bennet con que yo no era nada de bueno ni de muy bueno, que me escapaba, subía por paredes, habría podido también robar, tiraba piedras y andaba con «Cuadrilla de Pávolo maldito y otros peores chicos de esta aldea». Yo aguantaba aquello que me quería meter bajo tierra y faltaba lo peor. «Este—dijo—es uno de los que no dejan en paz a mi pobre Elisabeth y Elisabeth, pobre, no sabe qué es éste, porque

éste, yo lo creo, señora, es uno de la casa de al lado.»

Me aterró. Sabía la enemistad de las familias y me entró pánico de no ver a Isabel nunca más. «No parece así tan malo», dijo la madre de Isabel riéndose, y abrió una caja redonda, nueva, de bombones enormes. «Tienen licor dentro—nos dijo—y hay que meterlos en la boca enteros. A ver si caben.» Cuando volví a casa todo me parecía increíble y me tenía que repetir lo mismo: «Ya le has visto a Isabel» «Ya le has visto a Isabel».



El día siguiente vino la madre de Isabel a ver a mi madre para darle las gracias y devolver mi medallita, porque Tiburtzi se la había visto a Isabel cuando le desnudó aquella noche. Se quedaron en casa como quien ve visiones.

Con lo de la medallita pasé la mayor de las vergüenzas. Me dijeron, después, que una cosa así no se daba, y yo me alegré mucho más de habérsela dado.

Los Mendive empezaron a venir a nuestra casa, como nosotros a la suya, y al verano siguiente hubo varios convites. Mi madre se volvió bastante íntima de la madre de Isabel y mi padre de don Agustín, menos. Yo hubiese preferido al revés. Al cabo de qué sé yo el tiempo se hicieron así las paces de Andías y Mendives, que estuvieron reñidos, parece ser, unos cien años. Mi tío Lorenzo le solía llamar a Isabel: «Isabel de la Paz».

Algunas veces iba yo a jugar a Mendive y ellos también jugaban en Andía, pero los dos hermanos y yo no hemos simpatizado nunca. Son algo mayores y han salido a la madre. Nos juntábamos para ir al baño a Pedernales y alternábamos, para llevarnos, los dos coches de cascabeles, uno de ellos y otro de la tía Clara. Desde que empecé el bachillerato no hay ninguno. ¡Qué bonitos eran, de cesta!





Isabel y yo fuimos novios desde un día de mar, que nos llevaron en lancha de vela de Bermeo a Elanchove, y se puso al timón el tío Lorenzo. Al volver hizo mucho sol, porque era en lo peor del verano, y después de comer nos pusieron a echar la siesta debajo de un pedazo de vela verde, que armó el patrón, a proa, para nosotros. De allí salimos novios porque nos dormimos abrazados muy fuerte. Por la noche, en la cama, yo no comprendía que se pudiese dormir sin Isabel. Pero, al mismo tiempo, daba vueltas, loco de alegría, sólo de pensar en lo de la lancha, y soñaba con Isabel mil sueños. Nos queríamos con locura y éramos muy felices, más imposible. A las horas que no nos podíamos ver, yo encendía en el jardín fuegos y en cuanto salía humo entre los árboles ya sabía Isabel desde el balcón que yo pensaba en ella. Nos contábamos todo y estábamos seguros de que nos casaríamos. Desde lo del Obispo de Vitoria nos creímos ya medio casados.

En su casa, y en la mía lo mismo, siempre se solía decir para todas las cosas y planes: «Isabel y Pedrito», y en la cocina nos llamaban también la «soga y el caldero».

En Bilbao, con la contra de miss Bennet y el vivir menos cerca, andábamos peor y una vida de menos libertad, «vida de guantes» que decíamos en el invierno, hasta que venía el verano, y en Andía no había quien nos sujetara. Allí hacíamos lo que queríamos. La tía Clara le adoraba a Isabel desde el principio y le tenía siempre en casa, y luego, el padre de Isabel a mí me quería casi más que mi padre mismo.

Cuando nosotros y ellos, el último año, empezamos a veranear en las Arenas, tampoco nos fué del todo mal, aunque aquello lo odiábamos. Había la playa, los botes, que siempre nos solíamos esconder debajo de la vela, el jardín de Eguía, las corridas de agosto que íbamos al mismo palco, y, más que nada, unos paseos largos hacia Guecho, o por el Gobelas, ya por septiembre, cuando, al volver, nos íbamos quedando atrás los dos solos, a veces muy tristes de querernos hasta no poder más y ver que la tarde se

nos acababa y se nos acababa el verano, sobre todo aquel último, y a mí me metían en Orduña.

Se nos pasaron así tres años, de los siete a los once, como en el Paraíso, aunque al final tuvimos aquellas tristezas y Isabel disgustos atroces en su casa, pero yo le consolaba mucho y, con eso, nos queríamos más.

Desde que fuimos novios, lo que más ilusión nos hacía a Isabel y a mí era tener entre los dos algún secreto grande. Tuviémos varios, pero el principal es el de la puerta secreta. Además, los otros secretos no eran de amor. Eran historias de desastres y que intervenían otras personas. El de la puertecita sólo era nuestro. ¡Y hay que ver el sitio! Andía, como propiedad, no se puede comparar con Mendive, porque Mendive ya resulta inmenso, entre la parte de jardín, las huertas, el bosque hasta el camino de Forua y el monte arriba, con los pinos, el observatorio y la casa de vacas. Dentro hay hasta un peñasal, de donde sacaban la caliza cuando la obra. Pasa también un riachuelo con sitios misteriosos de árboles, donde no entra sol nunca. Un lado del jardín de Andía, que ya más que jardín se ha vuelto un jaro muy salvaje, hace saliente y es lo que linda con Mendive. Le llamamos el «rincón del Caballerito», porque el Caballerito hizo allí el horno de cerámica y las dos tejaban. Queda lo más lejos de la casa y era aquél, de siempre, un sitio donde nunca se iba porque también le hace muy sombrío el asunto del paredón, que es ya famoso. Consistió en que después de la Primera Guerra Carlista el bisabuelo de Isabel, muy fanático, levantó a ocho metros las tapias en todo lo que linda con Andía y las puso a la misma altura de un trozo de muralla antiguo, que lo aprovecharon y que había quedado allí de la ruina de una torre vieja. Así se formó el paredón por el odio que nos tenían y de rabia que hubiésemos ganado los liberales. Los Mendive dijeron, y en mi casa lo saben, que no querían ver desde su casa ni la punta de una hoja de los árboles de Andía. Un día le dije a papá que a pesar de todo desde Mendive se veían árboles nuestros. «Los árboles

crecen cada día,—me contestó papá,—, y los paredones muy de tarde en tarde.» Aquellas partes de los dos jardines, lejos de las dos casas, se habían vuelto muy salvajes desde que sé yo el tiempo y ni se puede entrar en algunos sitios. Además hay culebras y plantas venenosas. Una vez, cuando fuimos novios, le llevé a Isabel a enseñarle aquel sitio por la parte nuestra y nos pusimos de allí a coger moras.

Era por la Natividad, después de la misa. Las zarzas crecen allí tremendas y hay también de todo: helechos, espinos, hiedras, saucos para morteros y acebo superior para maquilas y unas higueras de ramas muy bajas.

Lo más oculto queda entre los zarzales mayores, el trozo aquel de la muralla vieja, que aprovecharon y no lo tocaron los albañiles. Entró Isabel allí en un sitio muy hundido, casi de dar miedo, a coger moras, y le dije: «Te vas a pinchar y a lo mejor ni puedes salir.» Voy a sacarte...» Pero ella va y dice: «Aquí la pared es de hierro y si hay un tesoro para ti y para mí. Ya está dicho.» Fuimos a ver y encontramos la puertecita. Empujamos y se abrió, haciendo los dos grandes fuerzas, porque del otro lado crecía también mucho zarzal. Entramos, arañándonos bastante, y en seguida vimos que se pasaba de un jardín a otro y se salía al de Isabel. Dábamos saltos de contento. Le pusimos de nombre «la puerta secreta.» «Esta puerta,—dijo Isabel—, es un gran secreto. No se puede decir a nadie.» Era pequeña, muy estrecha y bajita. Luego miramos el paredón alto como una casa y nos echamos a reír. «Fíjate—le dije yo a Isabel—, las tonterías que hacen los mayores. Ahora, con esta puertecita, nos reiremos del paredón siempre, nos quereremos todo lo que queramos y nadie sabrá».

¡Lo que fué el verano siguiente! Empezamos a citarnos allí a las horas de sol de la siesta, cuando casi todos dormían, después de comer, con el calor. También alguna vez nos vimos un poco, antes de cenar, pero con

miedo. Arreglamos con muchas fatigas los zarzales e hicimos una especie de cabaña del lado de Isabel. ¡Hay que ver lo que yo sudaba trabajando como Robinsón! En seguida llevamos allí cosas nuestras para hacer como casa de casados. Nos creíamos ya muy mayores porque habíamos cumplido los nueve y yo presumía de forzudo. Ella consiguió traer dos sillitas, una mesita, juguetes de cocina y latas de galletas. Yo llevé la escopeta de aire comprimido, para defensa, una pistola rota, pero de verdad, un cuchillo roñoso, que luego le saqué filo y punta, como puñal, y cartuchos vacíos. Estar allí con Isabel era el cielo. Me sentía por fuera y por dentro un no sé qué de felicidad, que no había sentido nunca y, a veces, que no podía contener el escalofrío. ¿Puede haber ya más que esto?, solía pensar entre mí. Y yo siempre esperaba más, más, más, sin saber qué sería.

Ella, al marcharse, echaba siempre el cerrojito, que le untamos de aceite. A ella le gustaba que yo llamase y abrir ella, y tardar en abrir, diciéndome que había sido malo, que tardaba siempre eternidades, que le quería poco o que, si ella me lo pidiese, no haría sacrificios.

Lo de hablar con la puerta cerrada casi era lo mejor, porque yo le pedía cien veces que me abriera: «¡Abre! ¡Abre! ¡Abre! ¡Isabel, por Dios, ábreme! ¿Por qué has dicho que no te quiero? Me moriré si no me quieres. ¡Abre, Isabel!» Ella, una vez, me abrió llorando de tanto que dije. Y siempre, cuando me quería abrir pronto, era aquello de siempre:

- ¡Tan! ¡Tan!
- ¿Quién es?
- Yo.
- ¿Quién es yo?
- Yo.
- Si eres tú, si eres yo, abriré.

